

Apuntes Históricos Los Dioses y la Enfermedad

II Parte

Un episodio interesante en la relación existente entre la Corte Imperial y los magos y curanderos independientes es relatado con un cierto tono irónico por Juan Santa Cruz Pachacutec. En su enredado discurso, mitad quechua, mitad español, nos cuenta que cuando *Yahuar Huaccac* era aún príncipe, sufrió una de las crisis que le aquejaban, durante las cuales lloraba sangre. Su padre, el Emperador Inca Rocca, decidió entonces reunir a los hechiceros, magos y curanderos de todo el Imperio con el objeto de interpretar las verdaderas razones y causas de este fenómeno oftalmológico.

Continúa diciendo el cronista que el asunto era tan importante que vinieron miles de estos curanderos y brujos desde todo el Imperio e invadieron el Cuzco en tal cantidad que no había lugar para ellos en todas las canchas y habitaciones de la capital. Una concentración tan gigantesca de sabios en la Ciudad Santa, que evidentemente no estaba preparada para este congreso médico tan exitoso, debe haber producido una cierta reacción desagradable en la Corte, especialmente porque el joven príncipe no estaba dispuesto a someterse a todos los ritos, pases, interrogatorios y tratamientos que proponía la multitud de médicos que había acudido al llamado del Emperador. El Inca, continúa diciéndonos el cronista, no quiso prestarse a confiar sus secretos y a contestar todas las preguntas de los sabios, pues esto rebajaba su dignidad. Por consiguiente, In-

Fernando Cabieses
Director del Instituto Nacional
de Medicina Tradicional

ca Rocca los reunió a todos en una enorme asamblea y declaró públicamente que el número era demasiado elevado para poder ser de alguna utilidad. Finalmente, dándoles toda clase de excusas, los despidió indicándoles que regresasen a sus lugares de origen, prometiéndoles que de allí en adelante les daría aún mayores libertades para ejercer su profesión.

También parece ser cierto que, durante el reinado de *Mayta Ccapac*, el papel de los curanderos y adivinos en los asuntos de gobierno llegó a ser muy prominente. La personalidad de este Emperador se encuentra rodeada por un misterio que se ha filtrado a través del cuidadoso recuento histórico que caracterizaba las tradiciones orales que posteriormente sirvieron a los cronistas para reconstruir los 400 años del régimen Incaico.

De acuerdo a Santa Cruz Pachacutec, es evidente que el padre de *Mayta Ccapac*, el Emperador *Lloque Yupanqui*, sufría de un cierto trastorno glandular que le había impedido engendrar un heredero. Dice el cronista que este Inca no tenía el menor interés por el sexo femenino y que además era lampiño en

forma total. Su falta de pelo facial era tan marcada y el gobernante debe haberse sentido tan señalado por este motivo, que pronto ordenó a todos los nobles que concurrían a la corte que se depilaran los vellos de la barba y del bigote con objeto de no aparecer diferentes del Inca.

El Padre Murúa, otro cronista, nos dice que *Lloque Yupanqui* se encontraba profundamente deprimido porque no había podido engendrar un heredero y que un día, estando durmiendo su siesta se le apareció el Dios Sol en forma humana y lo consoló diciéndole que no entristeciera, pues pronto tendría un hijo que sería el heredero que buscaba.

No importaba que estuviera viejo y que no tuviese ningún interés en el sexo femenino. El hijo vendría...

Al enterarse de esto, continúa Murúa, los parientes del Inca decidieron buscarle una esposa. Su hermano, un robusto joven llamado *Manco Sacapa*, conocedor de la escasa virilidad del Inca, buscó una mujer que se adaptara a las circunstancias. La encontró en una población cercana llamada *Oma* (actualmente conocida como San Jerónimo). El nombre de la mujer era *Mama Caya*. En ella, *Lloque Yupanqui* engendró un hijo y éste fue llamado *Mayta Ccapac*.

Excepto por alguna descripción un poco burda de los amores de *Lloque* y *Mama Caya*, los historiadores de la época evitan la falta de delicadeza de explicar cómo la recién casada se "adaptó a las circunstancias" cuando *Manco Sa-*

capa le propuso, a dos leguas del Cuzco, que tuviese un hijo para Lloque Yupanqui. Pero la diplomacia literaria de los cronistas no termina aquí. Tanto Sarmiento de Gamboa como Santa Cruz de Pachacutec nos dan mayor información sobre la niñez temprana de este heredero tan deseado: Mayta Ccapac, nos dicen, nació tres meses después de haber sido engendrado por Lloque Yupanqui y parece ser que, para beneficio de las necesidades políticas del Imperio, el jovencito nació con dientes; y cuando cumplía un año de nacido ya tenía la apariencia y la fuerza de un muchachito de ocho años. Apuradamente siguió creciendo lo más rápido que podía y, cuando tenía dos años de edad, era un muchachón fornido que podía derrotar en lucha singular a cualquier adulto que se le pusiera por delante.

Este prodigioso joven, llamado por algunos historiadores el Hércules Incaico, desarrolló lógicamente una personalidad arrolladora. Como Salinas y Córdova nos cuenta, era un hombre muy valiente en la guerra y muy melancólico en la vida privada. Era un profundo devoto de los dioses del Tahuantinsuyo y se constituyó en un severo juez de todos los que pecaban contra asuntos religiosos, especialmente algunos hechiceros y brujos heterodoxos. La mayor parte de las crónicas señalan que Mayta Ccapac “era un hombre muy sabio, que conocía mucho de medicina y tenía gran capacidad para adivinar el futuro”. Su reinado está especialmente marcado por la influencia que en esa época tuvieron los magos y los astrólogos. El mismo era un mago y curandero y dedicaba la mayor parte de su tiempo a la meditación y a realizar ayunos severos y prolongados. Administrador capaz del alma humana, sabía cómo obtener ventaja de la influencia que los hombres santos del Imperio tenían sobre la comunidad, con objeto de mantener la paz en su Corte. Aun su vida privada fue influenciada por esta vocación religiosa y médica, pues casó con Mama Tarpu Cori, del Ayllu de los Tarpuntaes (la más pura casta sacerdotal), y le dio el nombre de Mama Coca en honor del árbol sagrado.

De acuerdo con Santa Cruz Pachacutec, Mayta Ccapac se posesionó en tal grado de su rol de hombre santo, que organizó en el Cuzco una enorme convención de todos los ídolos y dioses del Imperio bajo el pretexto de honrarlos y llevar a cabo una solemne y grandes festividades. Pero una vez que los había reu-

“...los Hechecoc adivinaban la enfermedad después de ingerir cantidades diversas de tabaco y coca”.

nido les dirigió un discurso incendiario haciendo mofa de todos los que creían en deidades menores y ordenó de inmediato la destrucción de todos los ídolos de menor importancia, utilizando los despojos de estas imágenes como cimiento para un nuevo edificio. Se dice que en el momento más álgido de su discurso hubo un terremoto. Si esto es metafórico o no, no lo podemos decir ahora; pero la reacción de los dioses se hizo sentir casi de inmediato: Mayta Ccapac fue envenenado por su cuñada, la Mama Cusi Chimbo.

Como decimos arriba, la implantación de la religión del Dios Sol en todas las áreas recién conquistadas nunca se llevaba a cabo excluyendo las religiones tradicionales de cada región. Los templos provincianos y las organizaciones sacerdotales que los servían continuaban su labor religiosa protegidos y estimulados por los nuevos gobernantes, en una amalgama local de religiones. Parece que, aunque las deidades conquistadas más importantes (o sus réplicas en miniaturas convenientemente trasportables) eran enviadas al Cuzco como rehenes, rodeadas de honores y veneración; y aunque el sacerdocio oficial de estas teologías provincianas era obligado a cumplir algunas reglas de su misión al Dios Sol, se le estimulaba a continuar la realización de sus ceremonias de adoración en los antiguos santuarios.

Algunas de estas mitologías locales se encontraban tan sobrecargadas de as-

pectos relacionados con la salud y la enfermedad, que no podemos dejar de mencionarlas como centros de desarrollo de las artes curativas en el Antiguo Perú.

En la parte norte del Imperio, por ejemplo, había el famoso culto de *Umiña*, también llamada la Diosa de la Salud.

La deidad era una gigantesca esmeralda cuyo valor, según datos históricos, era igual a la suma de los tesoros de todos los templos del Imperio. Se encontraba exquisitamente tallada en la forma de una cabeza humana. A este santuario venían peregrinos de todo el mundo conocido en busca de salud y eran recibidos ahí por una amplia gama de sacerdotes que administraban cuidados médicos y oficiaban cuidados médicos y oficiaban los sacrificios a la diosa.

En *Llamoc* había los templos de *Huari-Vilca* y de *Haca-Vilca* cuyos sacerdotes eran hombres lisiados. Por este hecho, los lisiados del Imperio concurrían allí a realizar sus preces y oraciones pidiendo salud.

En la costa central, a 25 kms, al sur de Lima, uno puede todavía admirar las ruinas de la ciudad santa de Pachacamac, dedicada a la Deidad Todopoderosa y Omnipresente que mencionamos antes. Desde el vértice de una enorme montaña fabricada artificialmente, el templo del Sol domina todavía las destruidas ruinas de adobe del viejo templo de Pachacamac —el Creador del Universo y del Tiempo— donde, de acuerdo con las tradiciones, un horrendo ídolo reinaba sobre la salud y el bienestar de la humanidad. Cerca de ahí, un poco más allá de las derruidas terrazas del templo, todavía puede verse un amplio espacio sembrado de columnas mutiladas que nos hace imaginar las enormes multitudes de peregrinos que, viajando a través de montañas y desiertos, llegaban a pedir al dios la curación de sus enfermos.

Y cerca del Cuzco, en el centro del Imperio, podemos ver una serie de pequeños templos y oratorios de las antiguas religiones locales que estaban manejadas por un sacerdocio independiente que recibía el nombre de *Huacahuanrimac*. El Padre Cobo, el Padre Murúa y Polo de Ondegardo nos hablan de que alrededor del Cuzco había más de 450 adoratorios con diferentes nombres. Probablemente había más aún. Y cada individuo tenía su propia devoción y sacrificaba y hacía ceremonias a estos dio-

ses menores cada vez que se encontraba enfermo.

Por lo tanto, debemos considerar una segunda esfera de profesionales organizados que no pertenecían al clero oficial, pero que en muchas ocasiones y en diversas circunstancias se dedicaban a la práctica de las ciencias curativas en estrecha conexión con sus actividades mágicas y religiosas.

Finalmente, debemos mencionar a los curanderos y a los médicos independientes, a los brujos, los hechiceros, los adivinos y a una serie de otros profesionales en conexión con problemas de salud y enfermedad. Tras un cuidadoso escrutinio de las fuentes históricas a nuestra disposición, podríamos llenar muchas páginas con diferentes nombres y descripciones de esta caótica multitud de curanderos profesionales cuya preminencia en la comunidad parece ahora tan difícil de entender. A los estudiosos de la civilización occidental, esto podría hacer recordar el desorden que existía en las actividades médicas durante el Imperio Romano.

La mayor parte de las viejas crónicas dan datos muy conflictivos sobre las técnicas, denominaciones y estado social de los curanderos peruanos, así como sobre su conocimiento y buena fe. Por consiguiente, la presente relación solamente debe ser interpretada como un esfuerzo de poner un poco de orden en el confuso panorama de la medicina folklórica del Antiguo Perú. Esperamos que esto pueda servir como base para una mejor comprensión de los problemas que de este estudio surgen:

Existían, por ejemplo, los *Ccamasacas* (curanderos) y los *Sonccooyoc* (inspirados, los que curan con el corazón), que adquirirían sus conocimientos mediante métodos secretos y sobrenaturales impartidos por miembros de la misma familia, practicando sus artes curativas en los ciudadanos comunes. Eran hombres o mujeres que nunca intentaban curar sin hacer ofrecimientos y sacrificios a los dioses, ejerciendo así un típico acto de medicina mágica. Muchos de ellos alegaban haber sido investidos con el poder para curar mediante visiones o sueños de pacientes que habían tenido la misma enfermedad que ellos trataban de curar y, por consiguiente, se consideraban algo así como especialistas en determinada dolencia.

Era natural, por lo tanto, que la mayor parte de las ofrendas y oraciones que realizaban en conexión con cualquier ac-

**“Por humorística
coincidencia, parece
ser que los antiguos
peruanos
introdujeron el
cobayo como
método de
investigación en
medicina”.**

to mágico, estuvieran dedicados al espíritu o al dios que se les había aparecido en sus momentos alucinatorios.

Otros profesionales de este grupo habían sido iniciados en el arte de la medicina a través de su propia experiencia con una enfermedad determinada. Las crónicas dicen que era frecuente que cualquiera que hubiese tenido la experiencia de romperse un brazo o una pierna y hubiese curado o cicatrizado en un período más corto del que aparentemente era necesario, se hiciera especialista en curar una enfermedad semejante; y no eran pocos los que, habiendo realmente fingido tal enfermedad, alegaban haber sido objeto de una cura milagrosa y espontánea por intermedio de alguna visión o de algún dios. Desde entonces se convertían en objeto de atracción para sujetos que tenían dolencias similares, quienes acudían hacia ellos convirtiéndolos automáticamente en curanderos.

Otros recibían el nombre de *Allcos** y eran considerados como sacerdotes. En presencia de un paciente, consultaban a uno de los dioses menores, una deidad particular, muchas veces el dios personal o *conopa* del enfermo. Llamaban al dios o al espíritu redoblando con los dedos sobre tamborines manchados con sangre de cuyes, o haciendo ruido

con redes llenas de cascabeles o con grandes campanas de cobre. Y cuando, después de estos ruidos mágicos, consideraban que el dios había llegado a la escena, le hacían preguntas y recibían en lengua criptica las respuestas sobre la salud del enfermo.

También había otros que se llamaban *Moscós* (soñadores). Estos adivinaban a través de la interpretación de los sueños. Los pacientes venían hacia ellos para preguntarles sobre el pronóstico de su enfermedad. Si era un hombre el que los consultaba, le pedían su honda o su bolsa de coca, o su poncho o cualquier otra prenda de vestir. Si era una mujer, le pedían su cinturón o su *lliclla*. Con estas prendas se iban a su santuario y dormían sobre ellas, dependiendo del sueño que tuvieran, contestaban al día siguiente.

Algunas de las interpretaciones dadas al contenido de estos sueños nos han llegado a través de informaciones recogidas por los misioneros de la Conquista, y pueden ayudarnos ahora a penetrar un poco en el pensamiento mágico de entonces: El haber soñado en caminar a través de las aguas de un río, por ejemplo, significaba la muerte o un viaje muy prolongado; una pesadilla trágica, también podía significar la muerte; y soñar con haber sido mordido por un perro o por una serpiente significaba que el paciente en cuestión había sido envenenado o embrujado. Soñar con fuego significaba una enfermedad grave; soñar con un águila o con un halcón significaba que el feto de una mujer embarazada era niño. Una niña estaba representada por una rana. Soñar con perros siempre significaba desgracia y soñar con lana o con redes significaba tristeza. Soñar con una persona sin cabeza o sin manos significaba que lo que el hombre estaba deseando cuando concilió el sueño no sería realidad más adelante. Cruzar un puente significaba una separación prolongada de la familia, y soñar con que se había comido pescado era evidencia de que en un futuro próximo el sujeto de la investigación estaría en una borrachera.

Los hechiceros llamados *Cuyricuc* precedían todas sus curaciones con el sacrificio del cuy. El curandero mataba primero el cuy ahogándolo o estrangulando.

* Nota.—Por humorística coincidencia, parece ser que los antiguos peruanos introdujeron el cobayo como método de investigación en medicina. *Cuyricuc* significaba literalmente mirar al cuy.

* Nota.—El término *Allco* significa perro. Esto puede tener origen totémico.

lándolo, y después, utilizando la uña del pulgar, que la llevaba gigantesca y afilada, abría el abdomen del animal y miraba las vísceras tratando de interpretar la forma en la cual circulaba la sangre o se movían los intestinos.

Ceremonias similares eran llevadas a cabo por los *Pachacuc* que colocaban una gran araña en un recipiente cerámico de boca ancha o sobre un amplio manto de lana. Después perseguían al animal con la punta de un palillo, hasta lesionar a la araña en una de sus patas. Una vez que lograban esto, miraban a la araña mutilada y determinaban, mediante sus movimientos, la localización y extensión de la enfermedad del paciente.

Los *Ayatapuc* se encargaban de hablar directamente con los muertos, y los *Hehecoc* adivinaban la enfermedad después de ingerir cantidades diversas de tabaco y coca. Otros, como los *Caviacoc*, recurrían simplemente a la ingestión de bebidas alcohólicas para entrar en un trance que les permitía diagnosticar la enfermedad, mientras los *Hachus* hacían diversos pases mágicos con granos de maíz y con excrementos de animales.

Existían también los *Virapiricos* que obtenían su información mágica mediante el estudio del humo producido por la incineración de grasa de llama; y los *Calparicuc* que adivinaban por la suerte de la *calpa*, que no era otra cosa que mirar las entrañas de cualquier animal sacrificado; no necesariamente el cuy.

Había también otros como los *Wisahas*, los *Laycas*, los *Rapiac*, los *Asuac*, los *Yanpac*, los *Macas*, los *Plaches*, y una serie interminable de otras denominaciones que incluían toda clase de personalidades que no serán descritas en detalle, excepto por los *Ichuris* y los *Guacaues* que merecen unos párrafos específicos.

El término *Ichuri* es derivado de *Ichu*, un tipo especial de grama que crece en las altas y frías punas de los Andes (*Stipa ichu*). Esta planta tiene significado mitológico oscuro y el *Ichuri* siempre utilizaba un manojo de esta grama para llevar a cabo sus tareas, tal como describiremos más abajo. El rol de estos profesionales en la comunidad era considerado muy elevado y eran venerados por todo el pueblo como perso-

“...la enfermedad era interpretada como un castigo o una venganza de los dioses por algún crimen secreto, la salud se asociaba directamente con un estado de gracia...”

nas santas, muy esenciales para el bienestar de los individuos y del grupo comunitario. La razón para este prestigio era que ellos eran los únicos que podían perdonar los pecados.

Como la enfermedad era interpretada como un castigo o una venganza de los dioses por algún crimen secreto, la salud se asociaba directamente con un estado de gracia obtenido mediante la confesión ante el *Ichuri*. Era una confesión extrañamente parecida al acto de la penitencia católica. El pecador acompañaba al *Ichuri* hacia un lugar secreto y aislado y, después de postrarse ante él, recitaba uno por uno todos sus crímenes, vicios y travesuras. Los malos pensamientos no eran considerados pecado. Solamente lo eran las acciones consumadas contra las leyes de la comunidad. Realizada la confesión el *Ichuri*, que probablemente conocía a sus feligreses mucho mejor que nadie, se aseguraba de que ningún pecado ni ofensa quedasen ocultos en este acto confesional. Si no estaba satisfecho, castigaba físicamente y aun torturaba al pecador hasta que todo hubiera sido dicho. Después realizaba unos cuantos pases mágicos sobre el penitente y, tomando un manojo de *ichu*, la grama sagrada, lo lanzaba hacia la corriente de un río pa-

ra que flotase aguas abajo. Con el *ichu* se iban todos los pecados y sus efectos adversos. Y con el *ichu* y con las aguas también se alejaba la memoria de lo sucedido, simbolizando el completo secreto de la confesión.

Cuando el confesor juzgaba que el penitente era un pecador inveterado o peligroso, podía, a su criterio, establecer las penas mayores. Una de estas penas consistía en traer con él a un jorobado, algún lisiado congénito que iba con el penitente hasta la orilla del río. Con las aguas bañaba todo el cuerpo del penitente y entonces el lisiado, que se convertía así en verdugo, azotaba al pecador con ramas de ortiga. Para este propósito existía en el Cuzco una pequeña hueste de lisiados congénitos, especialmente encargados de estos menesteres.

Los *Ichuris* juraban absoluto secreto de sus actividades antes de que se les permitiera trabajar en la comunidad. De acuerdo con la información a nuestro alcance, el *Ichuri* no era juez ni espía. Su santo ministerio consistía específicamente en liberar el alma humana de la contaminación maligna del pecado. Una vez que esto era realizado en completo secreto, el pecado era olvidado por los dioses, y sus peligros ocultos quedaban controlados.

Es de suponer que esta confesión no era curativa, excepto cuando los síntomas del paciente eran psicogénicos. La mayor parte de las veces era una especie de ceremonia profiláctica a la que los individuos se prestaban periódicamente, o como un paso preliminar hacia un evento importante de su vida, tal como un viaje prolongado o una batalla. Pero en épocas de epidemia, hambrunas, sequías o cualquier otra catástrofe pública, se dice que los *Ichuris* eran los hombres más ocupados de la comunidad.

Para el individuo que requería los servicios del *Ichuri*, el acto de la confesión debe haber servido los mismos propósitos subjetivos que ahora se obtienen en el confesionario católico o en el diván del psiquiatra. Una especie de catarsis mental que probablemente evitaba muchos síntomas psicósomáticos.

